SODALITIUM
Anno X - Semestre I n. 2 Aprile - Maggio 1994 N. 37

Artículo extraído de la revista italiana **Sodalitium**, nº 37**.** pág. 2 y 3.
Título original: Editorial.
Autor: *Sodalitium***.**
Fecha: **mayo 1994.**
Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Hagiografía

SAN PÍO V, "EL PAPA DE LA SANTA MISA"

Tercera parte*: el pontificado y sus relaciones con los estados europeos*

por el P. Ugolino Giugni

Dilexi justitiam et odivi iniquitatem (Sal. 44, 8)

Pío V tenía un alto concepto de la virtud de la justicia y la ejercía en el más alto grado. En la segunda parte de este artículo ya hemos visto cómo él deseaba firmemente que la memoria de Paulo IV y los caráfos fuera rehabilitada con la revisión del juicio injusto que los había condenado.

Fue su amor por la justicia lo que lo hizo implacable con todos los malhechores. En aquellos días las pequeñas batallas eran muy frecuentes, los duelos que terminaban en asesinatos. Para poner fin a estos asesinatos, Pío V prohibió el uso de los pequeños arcabuces, de los estiletes y dagas que pudieran ocultarse fácilmente bajo la ropa. Endureció la represión del bandidaje y exigió que se cumplieran las sentencias de condena. Quería que los asesinos fueran llevados ante la justicia, pero exigía que su captura fuera legal, sin no permitir subterfugios y estratagemas (como en el caso de Mariano de Ascoli).

> «El Papa aprobó el *Estatuto del Pueblo Romano*, un código redactado por dos eminentes juristas, Antonio Vellio y Marc Antonio Borghese. Entonces encargó a los inspectores que controlasen los procesos y revisaran las sentencias; y algunos castigos severos infligidos a los magistrados despóticos restablecieron el orden y previeron los abusos. Pío V escuchaba paternalmente y en persona las quejas del pueblo. La audiencia, que comenzaban temprano por la mañana a la luz de las velas, a pesar del descontento de los funcionarios, continuaban hasta las tres de la tarde, sin que el Santo Padre tomara refrigerio alguno, salvo un poco de sopa o algo de fruta.
>
> Los pobres tenían siempre la preferencia. Él escuchaba sus quejas, los consolaba con palabras amables, los apoyaba con limosnas, y si la pobreza, y no el libertinaje, los había endeudado, les otorgaba subsidios; liberaba a los encarcelados por acreedores despiadados, y no toleraba que se consumieran por falta de alimentos y medicinas. Les asignaba abogados, pagados a sus expensas, y estableció que sus pequeñas deudas tenían derecho de preferencia en las liquidaciones judiciales (…).
>
> Incluso los condenados a muerte experimentaron la clemencia del Papa; no porque siempre fueran perdonados, pues debían servir de ejemplo a los demás, sino porque el Papa quiso tomar bajo su tutela la Confraternidad de la Misericordia, establecida en Florencia, para ayudarlos en su triste desenlace. Les concedió una indulgencia plenaria y

permitió que se celebrara una misa por ellos antes del amanecer, previa a la ejecución capital.» ([1]).

¡Papa penitente!

«Pío V, con su eminente santidad, supo imponerse a sus adversarios. No hay nada más adecuado para obtener veneración y obediencia que someterse primero a las órdenes o consejos que se dan. (...) Esto es lo que hizo Jesús; antes de enseñar, nos dio ejemplo.

Cuando se veía al jefe de la Iglesia observando estrictamente las leyes del ayuno, llevando una vida austera, consagrando largas horas a la oración, mostrando una fe viva en la Eucaristía, ¿cómo no obedecer sus recomendaciones y directrices piadosas? Nadie podía sentirse tentado a decirle al reformador que vigilara primero su conducta, viendo cómo él, al eliminar todo lo que olía a vanidad y frivolidad en sí mismo, llevaba una vida llena de abnegación y fervor.

(...) Uniendo el ejemplo al consejo, Pío V no se conformaba con rezar en su capilla privada, sino que con sus prácticas exteriores de piedad edificaba y maravillaba a toda Roma. Una de sus visitas favoritas era la de las Siete Iglesias. La gente, conmovida al ver al Santo Padre salir sin aparato y caminar a pie, se fue acostumbrando poco a poco a los ejercicios de devoción inspirados por su gran ejemplo. (...) Se le vio mientras luchaba contra los turcos, organizando ceremonias religiosas y presidiéndolas. “Desde Urbano VI hasta ahora —exclamaba el pueblo—, es decir, desde hacía doscientos años, no se había visto a ningún Papa comportarse como él en las procesiones penitenciales.”

(...) Tenía una devoción tan ferviente al Santísimo Sacramento que, en las procesiones, a pesar de la longitud del trayecto y el dolor causado por la enfermedad de piedra que padecía, nunca quiso usar la silla gestatoria.

Al verle tan humilde y sereno llevando la custodia con devoción, la gente sintió que su fe en la verdadera presencia de Jesucristo en la Eucaristía se renovaba, los malvados se convertían y muchos ingleses, que se detenían aquí y allá para burlarse del catolicismo, movidos por la enorme fe que traslucía el Papa, acabaron abjurando de la herejía. De esta forma, Roma se fue transformando rápidamente.» ([2])

San Pío V quería que los eclesiásticos miembros de la jerarquía hicieran lo mismo que él; por ello, exhortaba a los cardenales y dignatarios a la devoción y a la mortificación:

> «No podemos detener el avance de la herejía si no hacemos violencia al corazón de Dios. *Vosotros sois la luz del mundo y la sal de la tierra*... La Iglesia se enorgullecerá mucho más de vuestras buenas obras que del esplendor de vuestros palacios.»

El papa Ghislieri no quiso prohibir el carnaval por consideración a su predecesor, pero cada día, casi como para protestar contra las diversiones desenfrenadas, sin importarle las máscaras, cruzaba la ciudad recitando el Rosario y dirigiéndose hacia el Aventino para asistir a las cuarenta horas que se celebraban en Santa Sabina.

Pío V, que debajo del atuendo pontificio siempre llevaba el hábito de dominico, prohibió cualquier tipo de comodidad en sus aposentos privados. La frugalidad de su mesa asombraba a sus contemporáneos. Extendió este tipo de conducta a todo el palacio papal.

«La mitad de los sirvientes fueron despedidos y el número de guardias se redujo considerablemente. El tesoro estaba oprimido por los gastos de muchos cargos innecesarios; un control exacto redujo los salarios establecidos para ciertos empleos.» ([3])

> «“Todos los sacerdotes inscritos como miembros del palacio apostólico debían celebrar la Misa al menos tres veces por semana, y los clérigos menores, diáconos, subdiáconos y demás debían comulgar cada quince días”: el santo Papa mismo ofrecía, cada mañana, el Santo Sacrificio, un ejemplo que, esperaba, algún día podría imponer a los suyos ([4]). Exigía de ellos el hábito eclesiástico y la tonsura; “todos debían asistir a una conferencia espiritual tres veces por semana y estar presentes cada noche en la oración comunitaria en la capilla pontificia, la mayoría de las veces bajo la dirección del mismo Papa.» ([5])

Incluso en las artes, el Papa Ghislieri practicaba la “mortificación” ... Los edificios construidos por San Pío V debían tener una utilidad práctica. No palacios ni monumentos de lujo; sino iglesias, conventos y especialmente colegios. En esto se diferenciaba de los papas renacentistas que le precedieron.

Papa reformador

Su predecesor Pío IV ya había promulgado los decretos de reforma del Concilio de Trento. Ahora correspondía a San Pío V ponerlos en práctica; para ello, ciertamente no le faltaba ni la voluntad ni la energía necesaria. Dado que la verdadera reforma comienza por uno mismo, hemos visto cómo Ghislieri procedió consigo mismo. El Concilio había confiado al Papa implementar la reforma de la Curia Romana:

> "Pío V habría querido tener en Roma al cardenal Borromeo, pero este último, apelando a su deber de permanecer con el rebaño que se le había confiado, logró ser reemplazado por Nicolás Ormaneto, su estrecho colaborador en la reforma milanesa. La reorganización completa, sobre nuevas bases, de la Penitenciaría, los decretos de reforma referentes a la Dataria, a la Signatura, a la Cámara Apostólica y a la Cancillería, la nueva disposición del archivo curial, dan testimonio del celo del Papa Ghislieri.
>
> Apenas unos días después de su coronación, creó una comisión cardenalicia encargada de examinar los conocimientos y la conducta de todos los clérigos romanos. La visita pastoral, realizada en parte por el Papa y en parte por los visitadores responsables, controlaba el funcionamiento de las iglesias, la instrucción catequética de los fieles, el cuidado espiritual de los enfermos y moribundos, las obras benéficas, etc. La formación del joven clero ya había sido asegurada por sus predecesores gracias al trabajo del Colegio Romano, confiado a los jesuitas. Se establecieron disposiciones similares para todas las provincias de los Estados Pontificios, y el control de su observancia fue confiado a los visitadores designados por el Papa (las diócesis de Oporto y Ostia fueron visitadas personalmente por Pío V).
>
> Pío V también inculcó en los obispos de otros países la observancia de los decretos tridentinos: la obligación de residencia [San Pío V no toleraba ver obispos deambular por Roma "como caballeros dispensados de la compañía de la esposa". Él habitaba en Roma porque era el obispo de Roma, los demás fueron a residir a los lugares y con los hermanos para los que habían sido nombrados obispos. Era tiempo de trabajar desde casa para la Reforma, no de irse de vacaciones a otro lugar ([6])], la visita pastoral, la fundación de seminarios y la celebración de

sínodos. Para hacer más efectivas sus continuas advertencias, envió visitadores apostólicos con poderes extraordinarios al reino de Nápoles, a muchas diócesis del centro y norte de Italia, a Alemania y Austria. En el nombramiento de obispos quiso, en la medida de lo posible, evitar cualquier influencia secular, aunque no siempre lo logró. Se mostró intransigente ante las peticiones de relajar la ley del celibato eclesiástico.

El pontífice no fue menos decidido en lo que respecta a la reforma de los religiosos: ordenó a todos la clausura papal, el oficio cantado y la profesión solemne; reglamentó la edad mínima para la profesión; les prohibió residir fuera del convento y pasar de una orden a otra bajo el pretexto de una mayor perfección. A menudo encontró en los religiosos la disposición necesaria para llevar a cabo una profunda reforma interna, pero los casos de resistencia, incluso obstinados, no fueron raros, entre los cuales el más dolorosos fueron los Humillados que no querían saber nada de reformas; de hecho, uno de ellos —con la complicidad de otros— atentó contra la vida de San Carlos, su cardenal protector y reformador. El Papa, mediante la bula del 7 de febrero de 1571, suprimió la rama masculina de la Orden.» ([7])

El Concilio de Trento, en sus decretos, se había basado en gran medida en la doctrina de Santo Tomás de Aquino. San Pío V quiso con razón otorgar a su ilustre hermano de la Orden los Predicadores de Santo Domingo el honor que merecía al proclamarlo Doctor de la Iglesia en 1567. Se dice que cuando promulgó la bula Pío V afirmo que Santo Tomás de Aquino había realizado tantos milagros como artículos contiene la Summa Theologica.

San Pío V y la Cristiandad

En este párrafo veremos brevemente cuáles fueron las relaciones del Papa Ghislieri con los distintos Estados de la Cristiandad. Quien es el obispo de los obispos debe necesariamente interesarse de lo que ocurre en los estados cristianos (y no cristianos). Si la Iglesia es en realidad una sociedad puramente espiritual, está compuesta por hombres (cuya alma depende estrictamente del cuerpo, que es material, temporal...) y, por tanto, los diversos acontecimientos que se suceden obligan al Papa (por su cargo como cabeza de la Cristiandad) a mantener relaciones continuas y delicadas con los príncipes y poderosos de la tierra. Por lo tanto, la Iglesia “debe tratar con quienes se oponen a ella o paralizan su influencia, y con quienes, bajo el pretexto de

ayudarla, le tienden trampas. **¡Cuántos intereses que parecen terrenales están estrechamente ligados a la salvación de las almas!** El Papa, atento a la evolución de las ideas y a las revueltas populares, tiene la misión de contener a los violentos, defender a los oprimidos, intervenir como árbitro en los conflictos" ([8]) y, sobre todo, defender los derechos de la Iglesia.

San Pío V dona la tierra de Roma como reliquia al embajador del rey de Polonia

Polonia estaba entonces al borde del caos religioso, amenazada por el auge del protestantismo y la fundación de una iglesia nacional favorable al divorcio del rey Segismundo Augusto [como en Inglaterra en tiempos de Enrique VIII]: el paciente trabajo de persuasión de los legados papales logró

obstaculizar el proyecto, pero solo la muerte de la reina (febrero de 1572) pudo eliminar definitivamente el peligro ([9]). El nuncio de la Santa Sede que logró este éxito fue Giovanni Francesco Commendone, obispo de Zante, un hombre fuerte, inteligente, justo y resuelto que ya había completado con éxito algunas embajadas en Flandes, Inglaterra y Portugal bajo Julio III y Pío IV, y en Alemania bajo Pío V, quien lo había confirmado en el cargo concediéndole su confianza.

Alemania y el Imperio. Para comprender bien la situación político-religiosa en Alemania, es necesario dar un pequeño paso atrás y explicar con mayor profundidad algunos de los acontecimientos a los que aludimos en la segunda parte de este artículo. Alemania, después de Lutero, estaba ahora dividida entre el protestantismo y la ortodoxia católica; cuando las "conversaciones sobre religión" fracasaron, la decisión entre las dos partes quedó en manos de las armas. Mucho antes de que San Pío V se convirtiera en Papa, ya había estallado la Guerra de Esmalcalda (1546-1555): dado que el emperador Carlos V había visto fracasar todas las negociaciones para alcanzar un acuerdo pacífico con los protestantes, recurrió a la guerra como "último recurso".

> «[Esta guerra] tuvo un desarrollo rápido muy favorable para el emperador. (...) De este modo, parecía que el Emperador había alcanzado su objetivo inmediato y estaba en camino de restablecer la unidad religiosa de Alemania. Pero en realidad el protestantismo había sido derrotado solo como organización político-militar, no como poder eclesiástico. La solución de las cuestiones eclesiásticas debía hacerse en el Concilio [de Trento], con el acuerdo de la Santa Sede. Pero mientras tanto (marzo de 1547) el Concilio se trasladó de Trento a Bolonia, lo que provocó una grave desavenencia entre el emperador y el papa. En esta situación, el emperador trató de solucionar el asunto por su cuenta. En la Dieta ([10]) de Augsburgo (1547-48) emitió una orden provisional, la llamada *"Interim"* del 30 de junio de 1548. (...) Ella concedía a los protestantes el matrimonio de los sacerdotes y el cáliz a los laicos [es decir, comunión bajo las dos especies] hasta que el Concilio tomara una decisión definitiva. No se mencionaba la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados. Para los estados católicos, que no admitían la validez del *interim* en sus territorios, la Dieta prescribió una "fórmula de reforma" elaborada por el obispo Pflug.

Pero el Interim imperial no logró ningún éxito real en ningún lugar. El Papa estaba muy insatisfecho porque veía en ello una injerencia indebida de Carlos V en el ámbito de los derechos eclesiásticos. Los protestantes le recibieron en todas partes con gran aversión.» ([11])

En 1551 se reabrió el Concilio de Trento, en el que también participaron algunos "teólogos protestantes" gracias al deseo expreso de Carlos V ([12]); el desleal elector Mauricio de Sajonia traicionó al emperador y la guerra se reanudó. Con vicisitudes diversas en 1555 se alcanzó la Dieta de Augsburgo, que debía sancionar la paz religiosa con nuevas concesiones. Carlos V encargó a su hermano Fernando que tratase con los protestantes, luego transfirió a su hijo Felipe II los derechos soberanos sobre Milán, Nápoles, Sicilia, los Países Bajos y España, renunció en favor de su hermano Fernando (septiembre de 1556) al cargo de emperador alemán y se retiró a la soledad de un convento, donde murió en 1558.

«**La paz religiosa de Augsburgo** del 5 de septiembre de 1555 decretó ante todo que debía reinar una paz "perpetua" entre los católicos y los seguidores de la Confesión de Augsburgo. Excluidos fueron los zwinglianos y anabaptistas. Se permitía la libre elección de la religión a los *estados del Imperio*, es decir, a los príncipes, a las ciudades imperiales libres y a los nobles directamente dependientes del Imperio; también recibían el derecho a imponer en sus territorios sujetos la religión de su elección. De esta manera obtuvieron lo que más tarde se llamó el *jus reformandi*, la norma que había dirigido la propagación de la pseudorreforma desde que la Dieta de Espira fue sancionada legalmente y que más tarde se expresó en la fórmula "*cujus regio, ejus et religio*" [tal es el Estado, el soberano, tal es la religión]. Los estados inferiores (intermedios), es decir, la baja nobleza y todos los demás súbditos, debían ajustarse a la voluntad del soberano territorial en lo que respecta a la religión; solo se les concedió el derecho a emigrar (*jus emigrandi*) sin sufrir daños en el honor o en la propiedad (excepto en los Países Bajos).

(...) En cuanto a *los bienes eclesiásticos*, a los protestantes se les concedió la posesión de todas las fundaciones, monasterios y otras iglesias que tenían en sus manos en el momento del Tratado de Passau (1552). (...) No se llegó a ningún acuerdo sobre la cuestión tan delicada, simplemente vital para la Iglesia católica, de si el derecho a abrazar la

Reforma protestante también debía concederse a los príncipes eclesiásticos. Por ello, Fernando, valiéndose de su autoridad imperial, decretó que los obispos y abades que deseasen pasar a la nueva religión perderían su cargo, sus rentas y territorio, que debían permanecer fieles a la antigua religión. Este "*Reservation ecclesiasticum*", como se le llamó, fue incluido en el propio texto de la paz religiosa incluso sin el consentimiento de los protestantes. (...) Es comprensible que el Papa Paulo IV hiciese expresar por medio de sus nuncios su desaprobación contra un tratado que vulneraba tan gravemente los derechos de la Iglesia.» ([13])

En sustancia, en Alemania la "reforma" gracias a la connivencia y ayuda de los príncipes había echado raíces profundas; los príncipes se habían servido de la lucha religiosa para aumentar su riqueza y consolidar su poder. En 1564 Fernando murió y fue sucedido por su hijo Maximiliano II. Alemania prácticamente dejó de ser un país católico cuando Ghislieri ascendió al trono pontificio.

«Católicos y protestantes se cansaron de vivir bajo el régimen provisional del Tratado de Augsburgo. Los primeros, sacudidos del letargo por los jesuitas, que con la predicación y la docencia comenzaron a convertir muchas ciudades del imperio, se aprestaron a reivindicar sus antiguos privilegios. Los segundos, envanecidos por sus éxitos, pretendían obtener mayores beneficios. y abolir oficialmente el *reservatum ecclesiasticum* (...).

El defensor natural del catolicismo en esta lucha [debería haber sido] el Emperador; su tarea era defender la Santa Sede y reunir a los disidentes. Pero Pío V no podía confiar mucho en su ayuda. Maximiliano II aspiraba, al igual que los príncipes alemanes, a sustraer sus estados de toda jurisdicción de Roma. Durante algún tiempo simpatizó con los luteranos y, a pesar de las condenas del Papa, no desdeñaba aprobar altamente el dicho, muy elogiado por los políticos protestantes: *Cujus regio, ejus et religio.*

(...) Muerto Fernando, los príncipes conspiraron para arrastrar a Maximiliano a encabezar una guerra contra la Santa Sede. Ellos sabían que (...) él (Maximiliano) había manifestado la esperanza de limar las diferencias con los reformadores, para poder amenazar al Papa con "retorcerle el cuello" si no cedía a sus solicitaciones. También sabían que había mostrado pesar por la elección del cardenal Ghislieri. (...) La

única forma de inducirle a tomar una decisión fue convocar la Dieta. Durante estas sesiones se habría planteado fácilmente la cuestión que habría agudizado el antagonismo entre el Papado y el Imperio, y habría acelerado la autonomía religiosa de la Alemania emancipada.» ([14])

Sin embargo, en ese momento los turcos presionaban en las fronteras orientales del Imperio y se encontraban bajo las murallas de Viena. Alarmado por este peligro, Maximiliano convocó la Dieta. Los luteranos esperaban llevar a cabo su plan fácilmente sin ser molestos por los católicos, ya que uno de los puntos principales a discutir era la defensa del territorio imperial; pensaban que la Santa Sede, tranquilizada, no enviaría al Nuncio.

«Pero quienes confiaron en la indiferencia de Pío V y se burlaron de su abstención, se llevaron una amarga sorpresa. El nuevo Papa, tan pronto como salió del cónclave, anunció la convocatoria de la Dieta. En lugar de detenerse en el tema, tratado con pasión, de la defensa del Imperio contra las hordas musulmanas, se dirigió directamente a una frase que el emperador había incluido imprudentemente en su declaración: "La asamblea también podrá definir con exactitud los dogmas cristianos y establecer las medidas necesarias para detener el avance de las sectas perniciosas que se han introducido en Alemania."

A pesar de este hábil golpe a las confesiones heréticas, "la prudencia es la madre de la seguridad", y es un hecho que en las Dietas anteriores se promulgaron nuevos dogmas para la Iglesia. **Pío V no se dejó engañar**" ([14]).

San Pío V, sin perder tiempo dejándose deslumbrar por las ceremonias que siguieron a su elección, envió inmediatamente un breve al cardenal Commendone, ordenándole que estuviera presente en la Dieta alemana en calidad de delegado apostólico. Al mismo tiempo escribió al cardenal Truchsess, a los obispos de Maguncia y Tréveris, para que no toleraran ninguna disminución de las prerrogativas de la Santa Sede, y no permitieran que una asamblea laica se transformase en una especie de concilio que juzgara cuestiones relacionadas con la fe. Para ayudar a Commendone también fueron enviados algunos teólogos, incluido el jesuita San Pedro Canisio.

Grande fue la influencia de cardenal Commendone en la Dieta; él había notificado a varios duques y obispos electores las órdenes de la Santa Sede, señalando que dicha Dieta no había recibido el mandato de continuar el Concilio de Trento ni para discutir sus deliberaciones. En cualquier caso,

era una asamblea heterogénea, formada por personas de diferentes confesiones (los protestantes mismos estaban divididos en varias sectas. El propio principio de la "Reforma" se había puesto en práctica, es decir, "protestar" los unos contra los otros...) que, según las intenciones de Maximiliano, debía resolver los contrastes religiosos que dividían al Imperio, pero en realidad no habría hecho más que agudizarlos. El delegado apostólico señaló que el Santo Padre prohibía que se tocaran cuestiones doctrinales en la Dieta, bajo pena de incurrir en la censura. Estas órdenes de Pío V se enviaron directamente al emperador; Commendone se reservaba el derecho de convencerle personalmente si intentaba ignorarlas.

> «Maximiliano, que conocía al Papa, comprendió plenamente el valor de estas advertencias y, como le repugnaba romper públicamente con la Iglesia, decidió esperar, sin provocarla, la oportunidad de independizarse. Así, ya había desaparecido, cuando al inicio de la Dieta, en marzo de 1566, el duque de Baviera leyó el mensaje imperial, el intento de conciliación entre católicos y protestantes, estipulado en la carta de convocatoria. La Dieta a su vez ratificó las decisiones de San Pío V; los argumentos religiosos no provocaron ninguna disputa, y católicos y reformadores, reunidos por separado, presentaron sus quejas mutuas por escrito al Emperador.» ([15])

San Pío V había ordenado a sus representantes abandonar la Dieta si ésta hubiera querido reconfirmar la paz de Augsburgo que, como hemos visto, vulneraba gravemente los derechos de la Iglesia. El cardenal Commendone, aunque no tuvo dificultad para cumplir materialmente la orden del Papa, la consideró un poco excesiva y quiso adaptarla sabiamente y prudentemente a las circunstancias. El cardenal acabó buscando consejo e instrucciones directamente de Roma, después de consultar a sus consejeros. Pío V al principio se mantuvo firme en su decisión, pero tras los ruegos del general de los jesuitas, San Francisco de Borja, a quien tenía en alta estima por sus virtudes, consultó a la Congregación de la Inquisición. Ésta última respondió que la simple reimpresión teórica del Tratado de Augsburgo no derogaba los derechos de la Santa Sede. Entonces el Papa autorizó a Commendone a actuar con total libertad. Las violentas disputas entre luteranos y calvinistas, y otros asuntos políticos, hicieron el resto: Maximiliano, cansado de tantos retrasos y discusiones inútiles, destituyó a los electores sin haber podido lograr su sueño de unión religiosa (con la eventual separación de la Iglesia católica).

«Así, gracias a la energía de Pío V y la destreza de su legado, las maniobras turbias de la Reforma naufragaron miserablemente. Solo el cardenal Commendone obtuvo alguna ventaja de su estancia: la supresión de los abusos que el Santo Padre le había señalado. (...) Es comprensible que Pío V, satisfecho con los felices resultados de esta legación, quisiera conferir honores ilustres a su representante. El Papa, tan humilde, tan hostil a toda pompa relacionada con su persona, quería que aquellos que habían beneficiado grandemente la Iglesia fueran debidamente homenajeados.» ([16]).

Pero el fracaso de la Dieta de Augsburgo no impidió que el vacilante Maximiliano emprendiera otros proyectos. En 1569 convocó una nueva Dieta en Espira, pero se encontró con la hostilidad de los principales electores que no asistieron.

«A pesar de la negligencia de los principales electores, Maximiliano fue a Espira y presentó allí una larga y complicada *memoria sobre el estado y gobierno actual del Santo Imperio, nuestra querida patria*, que había mandado redactar a Lázaro de Schwendi. Este general, partidario de la Confesión de Augsburgo, propuso como remedio a los males de Alemania la emancipación de la tutela romana y la abolición del juramento de fidelidad.

El Emperador también se halagó a sí mismo diciendo que había descubierto la medicina, y se la mostró al Santo Padre con una sencillez y audacia que rayaban la inconsciencia.

“Dado que —decía— de la multiplicidad de sectas surge una confusión que perjudica la fe, es necesario autorizar oficialmente una herejía y abolir todas las demás por la fuerza. Así, el luteranismo se encontrará solo en contra del catolicismo y la libre elección entre estas dos religiones asegurará la tregua de las almas”.

Es fácil imaginar la indignación de Pío V por este mensaje ingenuo y la respuesta inmediata dada.» ([17]).

Además, en 1568 Maximiliano concedió unilateralmente a los señores y caballeros protestantes de la Baja Austria, casi en su totalidad católicos, el libre ejercicio de su religión según la confesión de Augsburgo de 1530.

En este nuevo proyecto imperial la Iglesia Católica era comparada y puesta al mismo nivel que la herejía protestante; se intentó reconciliar la

verdad y el error, Cristo y Mammon. San Pío V, sin tolerar tal comparación, ordenó a Commendone que reanudara su legación y se dirigiera a Espira. El legado papal había recibido órdenes severas; el Papa estaba cansado de ver siempre cuestionadas las mismas cuestiones y los derechos de la Iglesia siempre amenazados por la inconstancia de Maximiliano. Por ello, Su Santidad V ordenó al legado que depusiera al Emperador si persistía en sus errores. Gracias a la gran autoridad que ahora había alcanzado, el Papa Ghislieri pudo actuar con valentía, con un acto que tendría repercusiones en todas las cortes europeas. El cardenal Commendone debía abandonar Viena, con todos los representantes de la Santa Sede, tras la ceremonia de deposición oficiada solemnemente ante todos los embajadores de las potencias católicas, y tras leer el versículo del Evangelio que dice: *"Si alguien no escucha vuestras palabras, salid de esa casa o de esa ciudad, y sacudíos el polvo de vuestras sandalias*" ([18]).

Esta amenaza, aplicable por derecho... en realidad no se llevó a cabo porque probablemente habría tenido el efecto de unir contra la Iglesia a las sectas que antes estaban divididas entre sí, y finalmente habría favorecido la herejía. La influencia que Commendone ejerció sobre el carácter indolente del Emperador hizo que éste último abandonara temporalmente su idea. La muerte de la reina de España, el peligro turco en las fronteras, trastocó los planes de Maximiliano, quien, por puro interés, trató en seguida de mostrarse católico, aunque guardaba un profundo resentimiento contra el Papa por la exaltación de Cosimo de Médici, vasallo del Imperio, al Gran Ducado de Toscana.

Francia —cuando San Pío V asumió el gobierno de la Iglesia— estaba revuelta por guerras de religión; oficialmente gobernada por un rey de dieciséis años (Carlos IX), en realidad estaba a merced de los caprichos de Catalina de Médici:

> «la cual, falsa e intrigante, gobernaba la nación en nombre de su hijo Carlos IX. Corrompida por la lectura de Maquiavelo, experta en todas las maniobras más turbias que había visto en los principados italianos, tenía un corazón abierto a todas las perversidades, cerrada a la virtud. Sin escrúpulos en su codicia; mientras pudiera dominar, no le daba ninguna importancia a la inmoralidad ni al asesinato. Su sombría ambición la abatía hasta el punto de satisfacer las pasiones de su hijo,

para mantenerlo fácilmente sometido. (...) Su religión se acomodaba a las costumbres. Favorable quizás a la reforma, como escribió en 1561 a la duquesa de Saboya, y contraria a la ortodoxia, en el fondo le resultaba indiferente; si hubiera surgido la oportunidad de ponerse del lado de los hugonotes, lo habría hecho sin ningún remordimiento.

Por el momento, Catalina se conformó con avivar las llamas de la discordia que requerían su intervención. A su alrededor se reunían para adularla el príncipe De Condé, el duque de Guisa [jefe de los católicos], d'Andelot y Montmorency, Coligny [jefe de los hugonotes... que acabará asesinado, al igual que el duque de Guisa .... nota del editor, en adelante nde] y el mariscal de Saint-André [católico]. Ella oscilaba entre España e Inglaterra, intentando establecer su poder engañando a todos. Escéptica y astuta, se habría adaptado fácilmente a una especie de anglicanismo, si esto hubiera servido para aumentar su influencia.» ([19])

«Pío V [por otro lado] vio la salvación de Francia en una enérgica oposición a la herejía, en la supresión el sustrato en la que se alimentaba, en la reforma de la moral eclesiástica y en el fortalecimiento de los católicos. Completamente opuestos eran los objetivos de Catalina de Médici. Indiferente a la religión a la que pertenecía, pensó, como de costumbre, en oponer unos contra otros los intereses de los partidos que luchaban encarnizadamente y en utilizarlos indiferentemente para asegurar su gobierno y el de su hijo Carlos IX.

Tal política no podía sino desagradar profundamente a un Papa como Pío V, lleno de un ferviente celo por el mantenimiento de la religión católica (...).

El Papa aún tenía otras razones suficientes para lamentarse (...). En una carta al nuncio [Michele della Torre, obispo de Ceneda] fechada el 17 de agosto de 1566, Pío se queja que Catalina se rodee casi exclusivamente de herejes, les conceda beneficios eclesiásticos y les ayudas de muchas otras maneras. En un breve mensaje, dirigido directamente a ella misma, la invitó a no justificarse más con simples protestas verbales, sino con su conducta católica. A pesar de estas quejas, las relaciones amistosas externas continuaron con la corte de Francia. (...) Pío V vio con gran pesar que el gobierno francés tomaba partido a favor de los obispos culpables de herejía y contra quienes ya había tenido que actuar bajo Pío IV ([20]). Sin preocuparse de que el tribunal de Tráncese invocara

las libertades galicanas en este asunto, Pío V publicó en el consistorio del 1 de noviembre de 1566 la sentencia final que deponía a seis de los obispos acusados como herejes...» ([21]).

San Pío V recibe en audiencia

En enero de 1561, los juicios contra los hugonotes fueron suspendidos en Francia y el calvinismo hizo progresos notorios; pero contra ellos surgió la fuerte oposición católica liderada por el duque Francisco de Guisa, el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André ("La Ligue"). En otoño del mismo año en **Poissy** se celebró una *Conferencia sobre religión* en la que participaron protestantes (Teodoro de Beza) y católicos (el cardenal Carlos de Guisa y el "papa negro", el jesuita Laínez), a instancias de Catalina, la cual no tuvo ningún resultado. En 1562, el Edicto de San Germánico otorgó a los protestantes libertad de conciencia y les permitió ejercer su culto, pero con algunas restricciones. En marzo de ese mismo año, estalló la primera de las ocho terribles guerras hugonotas (1562-1598). Los hugo-

notes recibieron ayuda militar y financiera de Inglaterra y de algunos estados protestantes alemanes; los católicos, a su vez, del Sumo Pontífice, de España y Saboya.

Catalina tuvo la desfachatez de quejarse ante Pío V de sentirse impotente para detener la herejía por falta de medios necesarios, después de haberla favorecido y alentado.

> «Pío V bajó voluntariamente al campo que le había preparado Catalina de Médici, y le cerró todas las vías de salida prometiéndole ayuda en forma de soldados y dinero. Reclutó seis mil soldados pontificios e imploró al rey de España, a los grandes duques italianos y al dux de Venecia que prestaran ayuda "al rey cristianísimo y a la religión católica."
>
> (...) No contento con tomar ciento cincuenta mil coronas de la Cámara Apostólica, impuso un impuesto al clero y a los monasterios de sus estados y permitió la venta de propiedades eclesiásticas francesas. (...) El pueblo, llevado por este entusiasmo religioso, organizó colectas especiales bajo el nombre de *subsidio de la caridad*.» ([22])

Las acusaciones contra la Santa Sede de interferir en los asuntos del Estado de Francia y de favorecer la guerra civil eran totalmente injustas. Para San Pío V, esta guerra fue como una cruzada contra el protestantismo, del tipo de la que emprenderá contra los turcos. Seguía siendo una guerra santa:

> «Las tropas que envió el Papa eran más una milicia santa que mercenarios: cualquier tipo de malversación, violencia o robo estaba prohibido con las penas más severas; sacerdotes y religiosos estaban adscritos a todo el cuerpo para predicar la palabra de Dios y presidir diligentemente las oraciones matutinas y vespertinas, mientras que el cuidado de los heridos se confiaba a personas piadosas y cualquier relación con los hugonotes estaba prohibida sin ninguna excepción. La pureza de las costumbres al servicio de la pureza de la Fe.» ([23]).
>
> «Es cierto que el Papa había advertido a Carlos IX, como había exhortado a Maximiliano, a no entrar en negociaciones con los hugonotes, que habrían sido inútiles y peligrosas. "*Si Su Majestad desea ver su reinado próspero* —le escribió—, *procure erradicar la herejía y no tolere que en sus estados haya otro culto que no sea el catolicismo...*

Mientras las mentes estén divididas en la cuestión religiosa, Su Majestad no tendrá más que penas, y su reinado no será más que un sangriento teatro de facciones continuas, que se harán la guerra entre sí."

Con palabras fuertes y vibrantes instó a Catalina de Médici y al duque de Anjou a luchar con firmeza contra los enemigos de la Iglesia, y les recordó el castigo que Dios infligió a Saúl por la indulgencia que había mostrado a los amalecitas. Tan pronto como fue informado de las acciones de la regente y de sus transacciones secretas con vistas a la paz, multiplicó sus breves a Carlos IX y a la reina madre, suplicándoles que las suspendieran (20 de enero de 1570).

(...) Veía tan claramente las trampas tendidas por los príncipes de Navarra y De Condé, y le inquietaba la ceguera en la que se vive en el Louvre. Sin demasiadas frases diplomáticas, que solo sirven para ocultar el pensamiento, dice abiertamente: "*Su Majestad llama a sus enemigos más acérrimos, desde donde ejercen su bandolerismo, para introducirlos en su palacio y dejarse atrapar en sus insidias."* Y termina con orgullo santo: "*Si Vuestra Majestad no quiere escuchar nuestra voz, nuestro dolor al menos tendrá el consuelo de haber hecho todo lo posible por vos. No nos queda nada más que dejar en manos de Dios lo que no podemos prever por ahora, y humildemente rezar al Señor para que preserve a Su Majestad y haga próspero su reino*" (23 de abril de 1570).

Cuando el Santo Padre supo que, a pesar de sus deseos y recriminaciones, la corte de Francia había llegado a un acuerdo con los reformadores, consideró que ya no era conveniente hacer más reproches inútiles.» ([24]).

«Después de diversos acontecimientos bélicos en la primera, segunda y tercera guerra hugonotas (1562-1563, 1567, 1568-1570), después de que Antonio de Navarra y el mariscal de Saint-Andrés cayeran en el campo de batalla y Francisco de Guisa había muerto bajo los golpes asesinos de una banda de hugonotes (1563), una tregua provisional de los disturbios pareció haberse alcanzado con la paz de San Germano en agosto de 1570. El edicto real emitido en esa ocasión fue muy favorable a los hugonotes: obtuvieron plena amnistía y libertad de concien-

cia, libre ejercicio del culto en los dominios de los nobles y en numerosas ciudades, así como acceso a todos los cargos del Estado y la entrega de cuatro fortalezas durante dos años.» ([25]).

San Pío V estaba muy disgustado por esta tregua.

«"La noticia de ese acuerdo llenó su corazón de amargura"; si el rey no ha entendido que "las maniobras ocultas e hipócritas" de sus opositores "le exponen a peligros mucho más graves que una lucha abierta, puede que Dios le haya abandonado a merced de un sentimiento reprochable". (...) Y finalmente Pío V deja al rey está firme declaración de fe en la justicia divina y con este tipo de amenaza, cuya severidad no podría haberse mitigado con ninguna fórmula de cortesía: *"Si Vos en las actuales circunstancias tan críticas traicionáis (Dios no lo quiera) vuestro deber, al Señor no le faltarán medios para defender su nombre, especialmente en vista de las oraciones que están haciendo tantos verdaderos católicos en vuestro reino. Si Vos en esta dolorosa hora no saldáis la deuda que tenéis con la religión y con la Sede Apostólica, buscaréis después inútilmente un momento más oportuno. Dado en Roma el 23 de septiembre de 1570*".

El espíritu y el tono de esta carta muestran hasta qué punto el Santo Padre se sintió afligido al ver que la corte de Francia rechazaba sus advertencias y, en lugar de defenderlo, se rebajaba a peligrosos compromisos. (...)

Su irreconciliable oposición a la paz no surgió de un ánimo beligerante, sino de la íntima convicción de que cualquier transacción realizada de forma precaria perjudicaría el poder del rey y, bajo el pretexto de la pacificación, aumentaría el desorden.» ([26])

El Papa Ghislieri siempre había pedido que los herejes fueran combatidos abiertamente ["*aperte y libere ... oppugnare*"] y no por medios ilegales, y esto por su profundo sentido de la justicia y espíritu de fe. Él no ocultaba su repulsa por las intrigas, como cuando desaprobó el plan para asesinar a Coligny y al príncipe De Condé. Tampoco colaboró de ninguna manera, como algunos han afirmado, ni siquiera indirectamente en la masacre de San Bartolomé: condenó los preparativos; y la actitud que él adoptó durante las negociaciones matrimoniales entre Enrique de Navarra y Margarita de Valois demuestra que era ajeno a cualquier idea de traición. Cuando el 24 de

agosto de 1572, en la noche de San Bartolomé, los hugonotes fueron masacrados, San Pío V llevaba muerto unos tres meses y Gregorio XIII reinaba sobre la sede de Pedro. Dado que la continuación de la guerra tuvo lugar bajo los pontificados posteriores al de San Pío V, nos detendremos aquí para no sobrepasar los límites de este estudio.

Cosimo de Médici

La creación del Gran Ducado de Toscana.

Toscana fue originalmente un feudo imperial, primero bajo la forma de una comunidad libre y luego como señorío o república, bajo el gobierno efectivo, casi hereditario, de la casa de los Médici. Desde el siglo XV, Toscana era ya considerada el estado italiano más importante. Cosimo de Médici era el duque reinante cuando Ghislieri se convirtió en Papa. Cosimo se había distinguido por sus servicios en varias ocasiones ante la Santa Sede, a diferencia de muchos otros soberanos de aquella época que, como hemos visto, reservaban solo los "cardos y espinas" para el Sumo Pontífice.

San Pío V quiso recompensar a Cosimo por los servicios que había prestado al Papado y al cristianismo. De hecho, defendió el cristianismo con celo y honor en los campos de batalla, enviando rápidamente soldados a luchar contra los hugonotes en Francia a petición del Papa, y prometiendo refuerzos si era necesario; había hecho lo mismo con los infieles turcos.

Además, había entregado a los funcionarios pontificios al hereje Carnesecchi, que se había refugiado en Florencia, en el mismo palacio de los Médici, y lo hizo ante la simple petición de Pío V, que reclamaba a Carnesecchi como súbdito suyo. San Pío V, mirando el Crucifijo, había rezado al Señor de la siguiente manera: "Dios mío, concédeme la gracia de no morir sin haber encontrado alguna oportunidad de recompensar a un príncipe tan fiel a tu Iglesia."

Con el *motu proprio* del 1 de septiembre de 1569, Pío V concedió a Cosimo de Médici y a sus herederos el título de Gran Duque de Toscana. La bula de investidura enumeraba las razones de la decisión que había tomado y disipaba la duda de haber actuado por capricho. Aquí están los méritos del nuevo Gran Duque enumerados en la bula papal:

> «1 - porque con gran vigilancia había impedido que la herejía entrara en Toscana; 2 - porque había prestado importantes servicios a la Iglesia en muchas ocasiones; 3 - porque los gobernantes y magistrados de ese país se habían ganado el reconocimiento de la Santa Sede, habiendo tomado las armas a menudo para defenderla de sus opresores; 4 - porque desde el reinado de Cosimo en adelante la religión y la justicia habían florecido en la república; 5 - porque había instituido y dotado una orden de Caballeros bajo el nombre de San Esteban, compuesta por las personas más ilustres de sus estados, para defender la religión y luchar contra los turcos; 6 - porque mantenía a sus pueblos en paz y los gobernaba con amor; 7 - porque a menudo daban caza a los corsarios...; 8 - porque la riqueza y extensión de sus estados le convirtieron en uno de los príncipes más importantes; 9 - porque sus estados eran ricos en buenas ciudades, iglesias metropolitanas, catedrales, universidades...; 10 - porque poseía un país muy fértil, fecundo en hombres consumados en la ciencia como en soldados valientes; 11 - porque los Médici, emparentados con el emperador, con los reyes de Francia, se habían introducido en las familias de todos los príncipes cristianos; 12 - porque contaban en su hogar tres papas, muchos cardenales e infinidad de personajes ilustres; porque, finalmente, dado que Cosimo era el señor absoluto de los dominios toscanos, se podía, según la distinción del papa Pelagio, situarlo en el rango de los soberanos.» ([28]).

San Pío V ejerció aquí un derecho propio que le pertenecía como Papa en cuanto Vicario de Jesucristo, al cual pertenecen todos los reinos de la

tierra por derecho natural y de conquista [¿no es Jesús "*el Rey de reyes y Señor de los señores"* (Apoc. 17, 14)]. Él no inventó nada, se basó en lo que habían hecho antes que él sus predecesores, como San Gregorio VII, que había destituido a Enrique IV [si el Papa puede deponer a un príncipe, también puede elevar a otro al trono], como Benedicto IX, que nombró a Casimiro rey de Polonia, o como Inocencio IV, que llamó a Alfonso de Boulonia al trono de Portugal; y ¿no fue el Papa León III quien coronó a Carlomagno Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico?

De hecho, ante las resentidas protestas del emperador Maximiliano (no olvidemos que Toscana era un feudo imperial), San Pío V respondió al embajador imperial, conde de Arcos, por intermedio de cardenal Commendone:

> «*¿Acaso se quiere poner en duda el derecho de los Sumos Pontífices a conferir tal título, y se quiere elevar por encima de ellos el poder imperial? Pero si es necesario remontarse al origen de los poderes, ¿de dónde deriva este título de emperador, que eleva a Alemania por encima de los demás reinos? Cuando el Imperio Romano, transferido al Oriente, fue desmembrado por su propia grandeza y sus provincias se convirtieron en presa de los bárbaros, ¿quiénes presidieron la división? ¿Quién dio una parte a los alemanes? ¿Hay alguien tan hostil a la Santa Sede y a la verdad que se niegue a confesar que fueron los Papas? ¿Se han olvidado de León III y Carlomagno?* ***¿Era entonces lícito que les quitaran el cetro imperial a los griegos para transmitírselo a vosotros, y no será lícito hoy crear un gran duque? ¿Por qué no podrán ellos poseer un derecho que han podido daros a vosotros?***» ([29])**.

La bula papal en sí tiene el tono de los grandes documentos pontificios en los que el Papa utiliza la plenitud de su autoridad apostólica:

> «El Pontífice Romano, sentado por disposición del Señor, en el trono más alto de la Iglesia militante, se coloca por encima de las naciones y los reinos, (...) su incansable providencia hace que tenga la costumbre, con respecto a los hombres ilustres y a los soberanos que son manifiestamente merecedores para con la Santa Sede y la Fe Católica, elevarlos, enriquecerlos, honrarlos, en la medida en que se les permita desde allá arriba...» ([30]).

Cosimo fue solemnemente coronado Gran Duque de Toscana en el Vaticano, el 5 de marzo de 1570. Durante esta ceremonia pontificia, nuestro Gran Duque renovó su juramento de fidelidad a la Iglesia y al Papa y tuvo el honor de sostener la cola de la capa del Pontífice. Como era domingo *Laetare,* la rosa de oro bendecida por el Papa en esa ocasión fue ofrecida ese año por San Pío V a Cosimo de Médici.

Esta exaltación de Cosimo causó mucho revuelo en Europa, sin embargo, ninguna corte presentó ninguna objeción formal; muchas aplaudieron discretamente, todas reconocieron su validez. Solo el emperador Maximiliano protestó y al principio consideró el asunto como un insulto, pero tras la muerte de Cosimo, ocurrida en 1574, cuando su yerno recibió la dignidad de Gran Duque [su hija se había casado con un hijo de Cosimo de Médici], él la reconoció y la casa de los Médici reinó sin disputa sobre Toscana.

España.

Felipe II fue un soberano muy católico y, en general, Pío V apenas tenía objeciones contra él. En España, la intervención del Papa contra la herejía fue completamente marginal, ya que la Inquisición española se encargaba de la ortodoxia de la Fe, lo que salvó a este país (como también ocurrió en Italia, donde la Inquisición pudo funcionar, gracias también al trabajo del inquisidor Ghislieri) de las guerras de religión. El tribunal de la Inquisición, como ya ha señalado Joseph de Maistre, causó ciertamente menos muertes que los miles de víctimas que perecieron en los campos de batalla de Francia y Alemania, o en los disturbios y devastación causados por las guerras religiosas, y menos muertes que la multitud de condenados al suplicio en Inglaterra desde Enrique VIII hasta Isabel.

Lo único que causaba preocupación a San Pío V eran las posesiones españolas: los Países Bajos y Flandes, donde la herejía avanzaba enormemente, provocando incursiones, destrucción de iglesias y asesinatos de personas. El Papa instó a Felipe II a intervenir personalmente con una acción decisiva e inmediata. Pero en lugar de ir a los Países Bajos en persona para usar el prestigio de su majestad para lograr la paz, el rey envió al duque de Alba al frente de un ejército y como gobernador. El conflicto se intensificó y, en el lado flamenco, se convirtió en una revuelta contra el poder español.

> «Es inútil ocultar que Pío V suministró oro al duque de Alba, que consiguió soldados italianos para el ejército español y que le obtuvo del

rey de Francia un cuerpo de tropas auxiliares. Para Pío V, fue una guerra santa, no por los excesos de la crueldad mutua, sino por su propósito. Además, en esta ocasión, Pío V envió al duque de Alba el yelmo y la espada de honor bendecidos por él, según la costumbre de los Papas, para recompensar los servicios prestados a la Iglesia por los hombres de armas.» ([31])

El rey de España, Felipe II

San Pío V tuvo la suerte de morir antes de ver cumplidos sus oscuros presentimientos y antes de enterarse de las masacres de Brielle y Gorcum, donde laicos y sacerdotes católicos, posteriormente glorificados por la Iglesia [mártires de Gorcum ([32])], tuvieron que sufrir horribles torturas.

Con el mismo celo y firmeza incansables, San Pío V actuó **en otros estados europeos**, Suecia, Dinamarca, Suiza y en Saboya, su patria, donde instó al duque Manuel Filiberto a recuperar Ginebra y a los ginebrinos de manos de los calvinistas. Solicitó a la República de Venecia un castigo justo para el hereje Zanetti di Fano, y a petición suya, Cosme de Médici hizo

arrestar al protonotario apóstata Pietro Carnesecchi, quien posteriormente fue condenado en Roma.

Si "el Papa tenía derecho a capturar herejes en toda la Cristiandad", hay que decir que San Pío V también, y sobre todo, trató de convertirlos. Para ello, creó una comisión de cardenales para tratar la conversión de los herejes. También se alegró al enterarse de que el jesuita Roderic estaba dando buenos frutos entre los valdenses.

La acción de San Pío V no tenía otro propósito que combatir, por todos los medios a su alcance, la herejía y el error.

> «Fue una lucha enérgica, sin descanso, pero siempre leal, (...). Si personalmente tenía una antipatía natural hacia la Reforma, como cabeza de la Iglesia debió sentir una aversión aún mayor (...).
>
> San Pío V, sin olvidar que la conversión de almas debe ser una obra de persuasión y no de temor, *fides suadenda non imponenda*, quería a toda costa preservar a los fieles tímidos e ingenuos del contagio. Firme en sus fuertes convicciones, **sabía que Dios le había otorgado el derecho a castigar y el deber de proteger.**
>
> De ahí la serenidad del alma, que explica el tono imperioso de sus órdenes y su santa impetuosidad en la acción. El cuidado de los principales intereses implicados en la lucha y la clara conciencia de su responsabilidad le hicieron pronunciar palabras, tomar decisiones, dar golpes que nos asombraban o asustan nuestra debilidad. Pero, ¿cómo se le puede reprochar haber adoptado una actitud combativa, si en todos los bandos hubo guerra contra la Iglesia, una guerra arrogante, áspera o astuta? Colocado por la Providencia Divina en un siglo fecundo en todo tipo de intrigas, en lugar de rechazarlas directamente, prefirió ignorarlas.» ([33]).

La excomunión de Isabel de Inglaterra y la situación en Escocia

Enrique VIII se había separado de la Iglesia católica porque el Papa no le permitió divorciarse de su esposa legítima para "casarse" con Ana Bolena. Con el *Acto de Supremacía* de 1534, Enrique se había declarado rey y único jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra y se había atribuido a sí mismo esa autoridad espiritual que pertenece al Papa. Todos aquellos que se nega-

ron a reconocer este acto, así como la validez de su nuevo matrimonio fueron considerados culpables de alta traición y castigados con cruel muerte. Tras el cisma, Inglaterra se protestantizó gradualmente.

Reina Isabel (grabado del siglo XIX)

Enrique VIII fue excomulgado por el papa Paulo III en 1538. Después de Enrique VIII reinó **Eduardo VI** (1547-1553), nacido de su tercer matrimonio con Juana Seymour; en este periodo se llamó a predicadores protestantes del continente y se otorgó una constitución permanente a la iglesia cismática inglesa. [fue también redactada una *"profesión de fe"* en 42 artículos]. Cuando **María Tudor** (1553-1558), "la católica" [los protestantes la llaman "la sanguinaria" ... Pero, ¿qué deberíamos decir realmente sobre la conocida crueldad de Isabel?], que era la hija legítima de Enrique VIII, la situación se invirtió de nuevo. La reina, que era una católica convencida, trabajó con todo su celo para reunir Inglaterra con la Iglesia y el Papado. Se aplicaron severas normas contra los disidentes y se restauraron las antiguas penas contra los herejes. Bajo el gobierno de María Tudor, su hermanastra

Isabel había profesado ser católica externamente, e incluso en el juramento de su coronación juró preservar la religión existente (el catolicismo).

Isabel I ascendió al trono en 1558 y de inmediato cometió perjurio al manifestar su aversión al catolicismo. Los católicos consideraban a la reina de Escocia, María Estuardo, que era católica, como la legítima reina de Inglaterra.

> «Incluso antes de que Roma (Paulo IV) adoptara una posición hostil contra Isabel, ella se pasó abiertamente al protestantismo. En 1559 el parlamento declaró a la reina "regente suprema" del reino en todos los asuntos espirituales y seculares. La misa fue abolida y, con el *acto de uniformidad* de junio de 1559, se restauró el ordenamiento eclesiástico de Eduardo VI y exigió a todos los funcionarios del Estado y de la Iglesia la prestación del juramento de supremacía. Quince de los dieciséis obispos católicos se negaron a prestarlo. Fueron depuestos; once de ellos murieron en prisión, tras un largo encarcelamiento. (...) Sin embargo, Isabel no se limitó a estos primeros actos de hostilidad hacia la antigua Iglesia; yendo más allá, ella aspiraba a la completa supresión de la religión católica. Los 42 artículos de Eduardo VI se redujeron a 39, y en 1563 fueron elevados a norma confesional de la iglesia nacional inglesa.» ([34])

> «Cuando Pío V fue elegido pontífice, Isabel tenía treinta y tres años de edad. Delgada, huesuda, de pálido aspecto, con cabello color cobre, tenía una dureza en sus maneras que hacía que su mirada viva, penetrante y firme resultara todavía más altiva. (...) Codiciosa, vanidosa, amante de las joyas y el lujo, se entregó a todos los caprichos de una vieja solterona, y ya entonces inspiraba a sus cortesanos esa antipatía que se convertiría en aversión y repugnancia. (...) El Papa encontró en Isabel la naturaleza fluctuante de Maximiliano y la conducta tortuosa de Catalina de Médici. ¡Este hombre inflexible y leal estaba realmente destinado a encontrarse siempre con personajes completamente diferentes al suyo! La ambigüedad y las evasivas, el capricho y la duplicidad sirvieron a la reina de Inglaterra para mantener a católicos y protestantes en suspense. Ella les favorecía por un momento, pero solo para engañarlos mejor después (...).

> Pío IV había mostrado respeto a Isabel. Pío V no opinaba lo mismo. La primera ruptura con ella fue causada por la infeliz María Estuardo,

quien le confesó sus penas. Todo el mundo conoce la conmovedora historia de esta joven reina de Escocia, cuya vida terminó de una manera tan trágica.» ([35]).

En Escocia, la revolución religiosa tuvo lugar principalmente por culpa del "reformador" *John Knox* (1505-1572), luchador y agitador por naturaleza; en su formación recibida en Ginebra, se había impregnado completamente de la severidad sombría del calvinismo. Cuando regresó a su tierra natal en 1559, comenzó con extrema dureza la destrucción del catolicismo. Su acción pronto condujo a una obra devastadora contra imágenes sagradas, iglesias y monasterios. La regente *María de Guisa* intervino a favor de la Iglesia y contó con el apoyo de Francia; pronto estalló la guerra civil y los protestantes, con la ayuda de Inglaterra, se impusieron.

«La reina **María Estuardo,** originaria de Escocia, tras la muerte de su marido, el rey Francisco II de Francia (diciembre de 1560), regresó a su tierra natal, viuda de diecinueve años, para para asumir el gobierno. Era una mujer amable, rica en talentos, pero de carácter frívolo y ardiente, en absoluto a la altura de las inmensas dificultades de la situación [Dice de ella el cardenal Grente: "Procedente de la casa de Lorena, educada en la corte de los Valois, guapa, llena de vivacidad, María combinaba un carácter imprudente y voluble con una elocuencia fácil y verdaderamente regia. Embriagada por la gentileza que le prodigaron en Francia, creía que podría ejercer sin dificultad en Escocia una autoridad que, en su opinión, debía inspirar admiración por el encanto de sus hermosas cualidades. Pero chocaba con la susceptibilidad del pueblo, con el orgullo de las sectas y, especialmente, con la feroz severidad de Knox. Traicionada por los acontecimientos, explotada por falsos amigos, castigada por los puritanos, se convirtió en presa fácil para Isabel ([36]).]· Aunque personalmente era una católica convencida, sin embargo, no pudo evitar reconocer el cambio religioso que se había producido en Escocia. Ante el fanatismo de Knox (...) el ejercicio del culto católico difícilmente podía preservarse en la capilla de la corte de la Reina. Frente a la nobleza rebelde, encabezada por el conde de Murray, su medio hermano, la reina no pudo sostenerse. La situación empeoró aún más tras su matrimonio con Lord Henry Darnley (1565). Cuando Darnley fue asesinado y Mary cometió tres meses después el grave error de consentir casarse con el conde protestante de Bothwell, uno de los asesinos de su marido, su ruina quedó sellada. Fue acusada abiertamente

de complicidad en ese crimen y de adulterio ([37]); Knox exigió que la ejecutaran. Una revuelta de la nobleza obligó a María a abdicar en favor de su hijo Jacobo VI de solo un año. Murray asumió la regencia, la reina buscó protección en Inglaterra de su prima Isabel (mayo de 1568); en cambio, allí le esperaba una prisión, que se volvió cada vez más dura, durante diecinueve años. Todos los intentos de liberación fracasaron. La política inglesa exigía su muerte. Fue acusada de participar en la conspiración de Babington contra la vida de Isabel (1586), fue condenada y el 8 de febrero de 1587 fue decapitada. El largo sufrimiento había purificado y madurado su carácter.» ([38]).

San Pío V instó a los príncipes católicos en todo lo posible a acudir en ayuda de la reina de Escocia, pero nadie quería enemistarse con Inglaterra y muchos estaban ocupados con los asuntos de sus reinos. Decepcionado por la indiferencia que había encontrado, Pío V escribió a María Estuardo para consolarla:

«"*Por temor a que nuestros pecados no nos hagan indignos de ser escuchados, hemos recurrido a las oraciones de muchos religiosos y sacerdotes. Nos estaríamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas por ti... Al no poder ir a Escocia debido a nuestra avanzada edad y a innumerables ocupaciones, te enviamos* (...) El tono de su carta, conmovedor, tierno, tan diferente del tono conciso, seco y a veces acre utilizado en los breves dirigidos a Maximiliano y Catalina de Médici, es una prueba de que él no hablaba así si no por la singular conducta que estos mantenían hacia la Santa Sede.» ([39])

Cuando María fue encarcelada por su prima Isabel, Pío V se conmovió profundamente por tal desgracia e intentó de nuevo todo lo posible para ayudarla ante los reyes de España y Francia, sin obtener ningún resultado. San Pío V apoyó entonces a los condes católicos de Northumberland y Westmoreland, quienes tomaron la iniciativa de intentar liberar a la reina manifestando su proyecto al papa, quien les respondió así:

«*Aunque, por la libertad de la fe católica y de la Santa Sede, tuvierais que derramar vuestra sangre, es mucho más ventajoso para vosotros ganar la vida eterna por el breve tránsito de una muerte gloriosa, que vivir la vergüenza y servir a la pasión de una mujer impía con peligro para vuestra alma.*»

El plan de los condes de Northumberland y Westmoreland, después de un éxito inicial, fracasó y no consiguió la liberación de María Estuardo. La ira de Isabel afectó duramente a los católicos por su lealtad a la religión y a la reina de Escocia. Ochocientas personas fueron condenadas a muerte. Los católicos sufrieron la crueldad de una justicia sanguinaria y muchos se exiliaron al extranjero ([40]). Una de las víctimas más famosas de este periodo es el docto jesuita *Edmond Campion*, que murió como mártir. Muchos sacerdotes católicos fueron asesinados, e incluso quienes los acogieron fueron condenados a la pena de muerte. Para facilitar la formación del clero británico, se abrieron institutos de formación sacerdotal en el extranjero [el más famoso fue el de Douai, en Bélgica, del cardenal Allen].

> «Pío V no permaneció insensible ante esta persecución. Mientras los príncipes católicos se atrincheraban tímidamente tras sus propios intereses y fingían no ver ni oír nada, él alzó la voz, y no solo para censurar la conducta de Isabel. El auditor de Rota, Riario, ya había amenazado a la reina que se tomarían medidas contra ella según los cánones de la Iglesia. Y cuando la causa terminó, el Papa, tras pasar días ayunando y rezando [como siempre hacía antes de tomar decisiones importantes... – nde], firmó y promulgó en consistorio la bula ***Regnans in excelsis***, por la que **excomulgaba a la reina de Inglaterra y liberaba a sus súbditos de la obligación de obediencia** (febrero de 1570).» ([41])
>
> «*... En virtud de la plenitud de Nuestro poder apostólico, declaramos a Isabel hereje y promotora de la herejía; y Nos declaramos que quienes permanecen vinculados a ella han incurrido en las mismas penas y en los mismos anatemas y han sido separados de la unidad del Cuerpo de Cristo.*
>
> *Además, (nos lo declaramos) privada de todos los derechos sobre dicho reino (Inglaterra), así como de todas las posesiones de todo tipo, de toda dignidad y de todo privilegio*.
>
> *Asimismo, a los miembros de la nobleza, así como a todos sus súbditos (...) que de alguna manera hayan prestado juramento, los declaramos libres para siempre de este tipo de juramento...*» ([42]).

Era necesario que la bula fuera publicada y conocida por todos en Inglaterra. En un golpe de audacia, una mañana, la bula papal fue colocada frente al palacio del obispo de Londres, y otras copias del documento circularon por todo el reino. Felton, un caballero católico, ante el escándalo y la

furia de la “reina” (que había ordenado que se usara la tortura para descubrir al culpable), reivindicó noblemente para sí el honor de haber realizado ese audaz gesto. Evidentemente fue condenado a muerte y marchó al suplicio glorificando contento el nombre de Dios y de Pío V, y para demostrar que no estaba animado por ninguna deslealtad hacia la ya depuesta “reina”, le hizo ofrecer un anillo de gran valor que él llevaba en el dedo. Él demostró que es necesario obedecer primero a Dios y luego a los hombres.

San Pío V suplicó a Felipe II que fuera a Inglaterra, y quizás el rey de España habría ido allí si el duque de Alba no le hubiera advertido del peligro de que Francia aprovecharía aquella expedición para invadir los Países Bajos.

> «**Las razones de la excomunión fueron de orden espiritual:** un ataque a la unidad de la Iglesia, a la autoridad suprema del Sumo Pontífice, a la ortodoxia de la Fe y la persecución de obispos, sacerdotes, religiosos y fieles; la defensa rigurosa, por tanto, de los derechos de Dios y de su Iglesia: defensa vigorosa y vindicativa, ¡porque no en vano el Jefe porta la espada, sobre todo la espada espiritual! Y esta excomunión fue también el castigo de un alma ciega y un corazón endurecido: el **acto supremo del Juez que liga en la tierra para el Cielo**.» ([43]).

Ciertamente, los rayos pontificios no tuvieron **de hecho** mucho efecto porque Isabel continuó reinando ilegítimamente, como una usurpadora, sobre el reino; sin embargo**, por derecho,** ante Dios ya no era reina. Los tiempos de San Gregorio VII, en los que los súbditos del excomulgado Enrique IV de Alemania se negaron a reconocerlo como soberano hasta que fuera absuelto de la excomunión pontificia, habían pasado irremediablemente... La nobleza católica inglesa volvió a sufrir la prueba de la sangrienta persecución y María Estuardo fue decapitada.

San Pío V y la gloria de Dios y de su Iglesia en todas las cosas

En los actos de “política interna”, el papa Ghislieri se movió por el deseo de justicia y de la salvación de las almas; su futura bienaventuranza inspiró las leyes y disposiciones que promulgó.

> «[En cambio,] ante los grandes de este mundo, de hecho, Pío V se presentó como su Maestro [él, un humilde monje que había sido campesino en su juventud... - nota del autor, en adelante nda], Juez Supremo

de las naciones sobre las que había sido, como sucesor de Pedro, nombrado para bendecirlas o maldecirlas, plantarlas o arrancarlas [*ut evéllas et déstruas aedificaes et plantes* (Jer. 1, 9-10)]. Porque pertenece al poder espiritual establecer el poder terrenal y juzgarlo si no es bueno.» ([44])

Esta es la jurisdicción suprema y universal de la Iglesia sobre los hombres y el mundo que deriva de la realeza espiritual y la sociedad de Jesucristo que ningún buen católico querrá negar. Pero Jesús no quiso ejercer esta realeza directamente, la confió a su Iglesia:

«y más particularmente a la roca visible de esta Iglesia: a Pedro y sus sucesores: "*Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia... Os daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que atareis en la tierra quedará atado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra quedará desatado en el cielo*" (Mat. 16, 18-19). Por tanto, la Iglesia enseña por derecho divino: es su poder de Magisterio; por derecho divino gobierna, es decir, legisla y juzga: es su poder de jurisdicción; por derecho divino genera, custodia y mantiene las almas para la vida eterna: y este es su poder de santificación.

En el ejercicio de este triple poder, no depende de nada ni de nadie: al contrario, en el ejercicio de este poder todo depende de él, hombres y mundo, individuos y sociedades, súbditos y reyes, sus reinos e imperios.» ([45]).

Al tratar las principales cuestiones políticas, San Pío V se basaba en estos grandes principios del catolicismo y en el ejemplo de sus predecesores.

«En cualquier campo en el que se ejerza su diplomacia, ella tiende con todas sus fuerzas a un solo fin: la gloria de la Iglesia. ¡**La Iglesia! Pío V no la pierde jamás de vista,** y tiene una sola preocupación, **servirla, defenderla, honrarla.** A través de las rivalidades por encima de los egoísmos y las ambiciones humanas, la Iglesia se yergue vigilante, desinteresada, divina. Lejos de robarle una pequeña parte de su gloria, él parece incluso ignorar el honor que la Iglesia recibe por su colaboración. Esta total dedicación abarca todas sus empresas, que son realmente grandiosas.

Mientras, el hombre desaparece voluntariamente en las sombras y cede el paso al Sumo Pontífice, que se preocupa únicamente por cumplir su noble misión bajo la guía del Espíritu Santo... No se trata de

conquistar territorios ni de aspirar a resultados efímeros, y mucho menos de sacrificarse ardientemente por la orgullosa satisfacción de someter a reyes, sino de consolidar las fuerzas sobrenaturales de la Iglesia y ampliar el ámbito de su acción.

Este absoluto desapego de todo lo terrenal explica la conducta diplomática de Pío V y justifica la firmeza con la que pudo defender los derechos de la Iglesia. (...) Solo medía una cosa: la formidable responsabilidad que pesaba sobre su conciencia. [Por esta razón a veces no era nada complaciente ni un amante de las concesiones simuladas o de los comportamientos astutos - nda]. De ahí sus largas reflexiones antes de tomar una decisión importante. (...) De ahí la petición de consejo, la convocatoria de comisiones (...). Por eso, sobre todo, las noches pasadas en oración, y sus ayunos y austeridades en los días previos a tomar alguna decisión importante (...).

Inaccesible al miedo, firme en sus propósitos, si las prerrogativas de la Santa Sede eran dañadas o ignoradas, habría creído que estaría cometiendo una traición si no las hubiera defendido con toda la fuerza de su alma; y por ello **exigió que los derechos y privilegios de la Iglesia permanecieran inviolables, con un valor y una resolución que parecieran revivir la constancia y el ardor de Gregorio VII.**

Notas

1) CARD. GIORGIO GRENTE, *Il Pontefice delle grandi battaglie, san Pio V,* ed. Paoline Roma 1957, pág. 51.

2) CARD. GRENTE, *op. cit.,* págs. 54-57.

3) CARD. GRENTE, *op. cit.,* pág. 54.

4) El sacerdote no está obligado a celebrar la Santa Misa todos los días, sino al menos dos o tres veces al año. La excelente práctica de celebrarlo a diario se estableció prácticamente solo en el siglo pasado, y se puede decir que quienes lo hacían en tiempos de San Pío V eran los precursores.

5) PIERRE TILLOY, *Saint Pie V Un Pape pour notre temps*, Forts dans la Foi, Bléré 1974, pág. 70.

6) INNOCENZO GIUSEPPE VENCHI o.p., *SanPio V fede e coraggio,* edizioni San Sisto vecchio, Roma 1972, pag. 75.

7) *Bibliotheca Sanctorum*, Pontificia Universita Lateranense, Roma 1982, vol. X, col. 888-889.

8) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit.*, pág. 58. Muchos "tradicionalistas" que critican la obra de los papas del pasado por ser demasiado temporales, inmersos en cosas terrenales, y la ven como la usurpación de un derecho que no debería pertenecer al Sumo Pontífice, deberían reflexionar sobre estas palabras del cardenal Grente.

9) *Bibliotheca Sanctorum, op. cit.*, col. 893.

10) La Dieta era una especie de asamblea política y parlamentaria que existía en algunos estados y se la convocaba para deliberar sobre el gobierno estatal.

11) BIHLMEYER-TUECHLE, *"Storia dela Chiesa"*. Vol. III, la época de la reforma, Morcelliana Brescia 1983, págs. 260-62.

12) En este sentido, véase la segunda parte de este artículo en "*Sodalitium*" nº 36, y también el artículo del padre Ricossa: "*L'eresia ai vertici della Chiesa*" *(M. Firpo) ... nel XVI secolo: l'incredibile storia del cardinal Morone*", de nuevo en el mismo número de "*Sodalitium*", donde se explica de forma exhaustiva la actitud del emperador Carlos V y del partido imperial.

13) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.*, pág. 263-264.

14) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 98-100.

15) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 103

16) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 104-105

17) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 106.

18) En los libros que consulté, solo el cardenal Grente habla claramente de esta intención explícita de San Pío V de deponer a Maximiliano II. II Falloux (CONTE DE FALLOUX, *Storia di S. Pio V Papa dell'ordine dei predicatori*, Tip. Arcivescovile Pogliani, Milán 1873, pág. 289) alude a ello, pero de una forma mucho más velada. Von Pastor no lo menciona.

19) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 112.

20) En cuanto a la labor de Ghislieri, que aún era cardenal en ese momento, en la cuestión de obispos herejes, véase la Parte I de este artículo en "*Sodalitium*" nº 35, págs. 29-31.

21) LOUIS PASTOR, *Histoire des Papes depuis la fin du Moyen Âge*, Plon, París 1935, Tomo XVIII págs. 29-32.

22) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 114-116.

23) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, pág. 383.

24) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 116-118.

25) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.*, pág. 392.

26) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 118-119. Los hechos le darán la razón porque fue precisamente con motivo de la boda, querida para "fortalecer la paz", de la hermana de Carlos IX, Margarita de Valois, entregada en matrimonio al protestante Enrique de Navarra, cuando tuvo lugar la masacre de San Bartolomé, que llevó a la reanudación de las hostilidades.

27) Sobre la herejía y el juicio de Carnesecchi, véase el mencionado artículo del P. Ricossa, *"L'eresia ai vertici* ... "en el nº 36 de *"Sodalitium*".

28) CONTE DI FALLOUX, *op. cit.*, págs. 325-326.

29) CONTE DI FALLOUX, *op. cit.*, pág. 327.

30) El texto completo, en latín, de la Bula de San Pío V puede encontrarse en el "*Bullarium Romanum*", Taurinensis editio, Augustae Taurinorum 1852, Tomo VII, a. 1569 pág. 763 y sigs.

31) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, pág. 353.

32) Cf. "*Sodalitium*" nº 27, pág. 7 y sigs.

33) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 141-142.

34) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.*, págs. 400-401.

35) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 127-128.

36) *Op. cit.*, págs. 128-129.

37) Este matrimonio con Bothwell fue ciertamente un error por parte de la reina, pero hay muchas razones que pueden justificarlo. Von Pastor da una explicación precisa de esto, diciendo que ella fue secuestrada y abusada por él hasta que consintió casarse con él. María era una "mujer, completamente en manos de este hombre violento, que no tenía ayuda de ninguna parte y que además se sentía aplastada por el sufrimiento físico y moral; el paso que dio, si no puede justificarse, puede explicarse al menos hasta cierto punto." Cf. LOUIS VON PASTOR, *op. cit.*, págs. 85-90.

38) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit., págs.* 406-408.

39) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 129.

40) Como prueba de la sanguinaria acción de Isabel contra los católicos, basta con recordar la muerte del doctor Storey, un hombre de 80 años que primero prestó grandes servicios a la corona y que se refugió en Flandes. Atraído mediante engaños en un barco inglés, fue decapitado. Al embajador de España que intercedió por él, Isabel respondió burlona: "Si el rey de España quiere la cabeza, se la enviaré encantada; pero el cuerpo de Storey debe descansar en Inglaterra."

41) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, pág. 132.

42) El texto de la bula papal puede encontrarse en el ya citado "*Bullarium Romanum*", Volumen VII, a. 1570, bula CLV, pág. 810. Una traducción al francés se encuentra en PIERRE TILLOY, *op. cit.,* pág. 321-325.

43) PIERRE TILLOY, *op. cit.,* pág. 325.

44) PIERRE TILLOY, *op. cit.,* pág. 313.

45) PIERRE TILLOY, *op. cit.*, págs. 281-282.

46) CARD. G. GRENTE, *op. cit.*, págs. 94-96. Para confirmar la opinión expresada por el autor al comienzo de este artículo, debido a las evidentes analogías entre San Pío V y San Gregorio VII, también existe el juicio autoritario de un cardenal de la Santa Iglesia Romana, tal como el Card. Grente.